

*Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*, de Amaia Pérez Orozco (Madrid, Traficantes de Sueños, 2014)

Begoña Marugán Pintos<sup>1</sup>

Si subvertir según la RAE es «trastornar, revolver, destruir, especialmente en lo moral», este libro lo hace. Destruye una concepción positivista de mostrando que «la realidad» que se describe depende del punto de vista de quien la observa. Amaia Pérez Orozco escribe desde su subjetividad – desasosegada e inquieta en este momento– para cuestionar la visión mercantilista del mundo y lanzar distintas propuestas a partir de las cuales pensar y hacer realidad una vida más vivible para la humanidad y el planeta. Su propósito final sería quebrar los designios de la situación actual capitalista-heteropatriarcal para lanzar el reclamo feminista de situar la vida en el centro.

La lectura de estas páginas trastorna en cuanto ni el estilo es el habitual de los ensayos, ni su lectura puede ser pasiva al verse la persona lectura interpelada en cada momento. No es documento de lectura cómoda, pues obliga a pensar sobre los procesos de los que se forma parte y obliga a posicionarse sobre ellos. El texto sigue un formato diferente al introducir cada uno de sus cinco capítulos con un resumen inicial sobre la lectura de la crisis y las herramientas para el análisis y la política que posteriormente va desarrollando. Por otra parte, Pérez Orozco ha escrito una obra militante en la que reconoce a la lectora como sujeto y le obliga a pensar sobre distintas propuestas y dudas. Lejos de dogmatismos, la autora parece pretender entablar un diálogo abierto –mostrando sus incertidumbres a la vez que el paso de las páginas va ofreciendo posibles soluciones– con el público. Este material es un texto usado como pretexto para seguir realizando debates que permitan aportar la necesaria «inteligencia colectiva» para llevar a cabo procesos confluyentes de lucha política. En este sentido, estos «*Aportes*

<sup>1</sup> Begoña Marugán Pintos, Universidad Rey Juan Carlos, Madrid. Correo electrónico: bmarugan@polsoc.uc3m.es

*para un debate sobre el conflicto capital-vida* también son subversivos porque su lectura pretende remover y agitar el pensamiento político de las y los receptores para que estas/os cuestionen políticamente los cimientos del sistema capitalista y patriarcal.

Y, finalmente, es subversivo porque revuelve el lenguaje. Siguiendo planteamientos feministas, la autora entiende el hecho lingüístico como territorio de lucha política. El tachado de ciertas expresiones habitualmente asumidas –como «producción», «crisis», «real», etc.– cuestiona la interpretación heteropatriarcal de las mismas para señalar sus límites y engaños. Y en cambio inventa palabras nuevas como la de «decesidades» derivada de la inseparable unión ente deseos y necesidades. Esta revuelta lingüística conlleva un incuestionable cambio en el pensamiento y con ello en la acción –ámbito objetivo final de actuación–, pues la pretensión de este texto no es otra que formular distintas propuestas para pensar y hacer el mundo más vivible.

El contenido no traiciona a su título pues es un modo de subversión y de transgresión a través de construir conflicto político desde las esferas invisibles de la economía y la experiencia de sujetos no son blancos, burgueses, varones y adultos heterosexuales.

### *Búsqueda de «horizontes de utopía» frente a una crisis sistémica*

La crisis es utilizada como una excusa para introducir cuestiones políticas empezando por el análisis de la misma y las palabras con que se nombra. Se trata de hacer una lectura feminista de la crisis, empezando por preguntarse: ¿pero, qué crisis? Para concluir que se trata de una crisis multidimensional que pone en riesgo la sostenibilidad de la vida.

La crisis actual ha puesto en cuestión los cimientos del sistema capitalista heteropatriarcal. La crisis financiera y económica que se menciona constantemente no ha podido ocultar la alimentaria, democrática, participativa, de salud, ecológica y de cuidados entre otras. Los efectos materiales son evidentes: degradación y precariedad generalizada de las condiciones de vida, falta de derechos, exclusión y aumento de las desigualdades en un mundo en tránsito, que hacen tomar conciencia de una condición humana frágil donde la vida es vulnerable y precaria. Ante esta situación la única salida posible ha de ser colectiva y para apostar por esas soluciones colectivas se parte de posturas anticapitalistas y feministas –aprendidas del feminismo queer y postcolonial–. El texto trata de desplazar las actuales bases ideológicas de los mercados monetarios, los flujos económicos y el empleo hacia la periferia para situar en el centro los procesos de sostenibilidad de la vida. No se reclama empleo y trabajo asalariado, sino que se pide recuperar una serie de trabajos que históricamente han hecho las mujeres.

Las propuestas políticas deben estar encaminadas a conseguir el buen vivir para las personas de este planeta. Y para ello debemos desvelar qué papel están jugando los mercados y el patriarcado y mostrar cómo han colonizado la vida. No sólo el mercado capitalista heteropatriarcal ha impues-

to una serie de significantes como si no hubiera otros posibles, sino que además ha plagado los significantes de sus propios significados, «naturalizando» una forma de ver el mundo y de estar en él –donde las mujeres aparecen dominadas– y dificultado las posibles actuaciones políticas para desmontar este mundo invivible que se muestra como el único posible.

En estas páginas se ve cómo las mujeres están muy presentes en la economía, pero los mercados no lo tienen en cuenta, por tanto, deberían reformularse los análisis para abarcar toda la economía y no sólo la de los mercados laborales. Habría que desplazar el eje analítico de los procesos de valoración del capital hacia los procesos de sostenibilidad de la vida entendiendo la socio-economía como un circuito integrado producción-reproducción. Desde aquí la apuesta es rupturista a través de una economía feminista y ecologista que ponga la sostenibilidad de la vida en el centro y entienda que las relaciones de género son elementos constitutivos del sistema socioeconómico y que se precisa un nuevo contrato sexual.

Para Amaia Pérez, lo escandaloso es que los mercados estén en el epicentro y definan cómo funcionan las estructuras económicas, sociales y políticas. El objetivo de éstas no es otro que garantizar la acumulación del capital y para ello no han tenido pudor alguno en imponer un modelo de autosuficiencia y explotación del trabajo femenino de los cuidados de la vida.

El pensamiento feminista lleva años trabajando esta dimensión y está logrando no sólo visibilizar el trabajo de cuidados de las mujeres que el capitalismo heteropatriarcal ha invisibilizado, sino que aprovecha cualquier ocasión para denunciar que sí el sistema se mantiene es gracias a la apropiación del trabajo gratuito de las mujeres. Y este libro –y la recensión– es otra de esas ocasiones aprovechadas para denunciar la dominación y la explotación femenina. Pero además, otro de los méritos del pensamiento formulado en estas páginas reside en politizar el cotidiano. En la entrevista aparecida en Eldiario.es, el 8 de agosto, la autora señalaba esta dimensión al indicar que «queda bonito hablar de igualdad en el mercado laboral y no plantearse quién limpia el váter en casa». El situar el bien-estar en lo cotidiano y encarnarlo en los cuerpos concretos son opciones concretas de actuación política feminista.

Desde la idea de construcción social de la realidad, que algunas personas aprendimos de nuestros maestros de la Escuela Crítica de Sociología – Jesús Ibáñez, Ángel de Lucas y Alfonso Ortí– la autora destruye el concepto dominante de crisis. Y espera, a partir de su conocimiento situado y sus fragmentos de verdades parciales, dialogar con otras que ayuden a contestar a cuestiones tales como ¿qué es la sostenibilidad de la vida?, ¿qué es una buena vida y cómo la sostenemos? o ¿cuánto de lo que necesitamos para vivir se lo debemos al mercado y cuánto al trabajo no remunerado?

La apuesta feminista quiere acabar con interpretaciones como la *actual teocracia mercantil*, pero también con lo que denomina *estrabismo productivista* o *feminismo productivista* que sigue poniendo el foco de atención en los procesos productivos y por tanto en el trabajo remunerado, el salario y lo público asumiendo así los principios del capital. La economía feminista rupturista que aquí se diseña trata de desvelar el conflicto entre el capital y la vida y además mostrar qué papel está jugando el Estado.

El Estado de bienestar se sustenta y reproduce la división sexual del trabajo. La falta de asumir esa responsabilidad colectiva del sostenimiento de la vida ha sido constante, pero esta crisis la ha hecho más evidente. En lugar de intentar una refundación del capitalismo como se dijo en un primer momento, se recurrió a un endeudamiento público como única forma de obtener ingresos para rescatar a las grandes entidades financieras en apuros. Se rescata al capital para dejar sin los escasos recursos públicos existentes a la población que más lo necesita. En la tensión entre el capital y la vida, otra vez sale victorioso el capital pues no sólo se ha producido una recuperación de la tasa de ganancia a costa de la reducción de los derechos laborales y la disminución salarial, sino que se han socializado los riesgos del capital. El Estado ha mutado y ha dejado ver con claridad su apuesta por unos pocos sujetos, frente al abandono de la mayoría de la población. Al no ejercer como mecanismo redistribuidor hacia los menos favorecidos y asumir la división sexual del trabajo –con la carga de trabajo gratuito de las mujeres– ha contribuido a agudizar aún más el conflicto en los hogares. No hay estructuras colectivas que se encarguen de asegurar la sostenibilidad de la vida y el ajuste final –de apretarse el cinturón– se produce en los hogares desplegando nuevas técnicas de supervivencia feminizadas.

Acostumbradas a situar la cuestión social en la tensión entre el capital y el trabajo, este desplazamiento se hace novedoso y atractivo, pero su originalidad requiere ciertas dosis pedagógicas para lograr hacerse comprensible. Lo mismo que sucede con conceptos tales como la «buena vida» o «una vida que merece la pena ser vivida». El feminismo ha reformulado la significación de los ejes capital-trabajo al entender que trabajo no es sólo el asalariado, sino todo el trabajo o en términos de Cristina García Sainz, la carga global de trabajo. Una visión que en este documento queda superada al pensar en el bien-estar de las personas en todas sus dimensiones y no sólo como mano de obra rentable al capital, pues sería seguir con la lógica del mercado capitalista.

Se piensa la economía en un circuito integrado entre la producción y la reproducción que ilumina lo que la economía de mercado oculta. Las esferas ocultas sobre las que se mantiene el sistema han de visibilizarse y valorarse mediante estudios como los existentes sobre pobreza varias –de dependencia, de tiempo, etc.–, o impuestos sensibles al género por ejemplo, pero sobre todo se debe desnaturalizar el nexo existente entre calidad de vida y consumo /salario para tratar de atender a los procesos de satisfacción de las necesidades humanas. Y también asumir y democráticamente colectiva –y no únicamente por las mujeres– las responsabilidades del cuidado.

En *Subversión feminista de la economía* se valora lo cotidiano porque es el ámbito en el que se desarrolla la vida del planeta, las personas y el resto de seres vivos. Hay que politizar lo cotidiano y crear estrategias que frenen la degradación de las condiciones de vida y apuesten por la reproducción social. Una de esas posibles estrategias es el ecologismo feminista que se describe en el quinto y último capítulo. Esta sería una forma en la que gestionar la necesaria interdependencia y ecodependencia sin explotarnos. Lo cual tiene mucho que ver con los cuidados, pero que para evitar esa referencia identitaria que se hace con lo femenino en estas páginas se

prefiere referirse a la «sostenibilidad de la vida». Además, la autora advierte del peligro que tiene mitificar los cuidados y cómo la asociación cuidados-mujer-amor es uno de los elementos claves de solidificación del sistema heteropatriarcal. Pero también llama la atención sobre el peligro que conlleva seguir en una economía que está consumiendo, depredando y aniquilando el planeta. Se acaba –no sin un epílogo final de ideas fuerza relevantes– reformulando desde el feminismo planteamientos coincidentes con el ecologismo y el decrecimiento.

En definitiva, este texto no es sino una más de las potenciales prácticas políticas transgresoras que, desde el feminismo, pretende transformar las dinámicas de un sistema capitalista heteropatriarcal que nos está matando y oponer una salida vital a la crisis en la que se persiga la sostenibilidad humana y del planeta. Amaia Pérez con este libro nos invita a pensar ¿qué vida queremos vivir? y en ¿qué tipo de sociedad? Un buen ejercicio individual que habrá que colectivizar y seguir discutiendo, para actuar.